

EL SECRETO SIN TUMBA

Pseudónimo: Auramaría

Morí el martes. Me sepultan hoy, jueves.

Morí poco antes de las 11 de la mañana. Estaba conmigo solamente Anita, mi fiel asesora del hogar por más de 35 años. Ella me amarró la mandíbula con mi pañuelo verde turquesa y me puso tela adhesiva en los párpados para que no se me abran durante el velatorio. Así estaba cuando llegaron mis hijos, Pedro y Alejandra. Supongo que me debo haber visto horrible. Me da mucha lata darles este mal rato.

Aunque pensaba en la proximidad de mi muerte, ésta me pilló de sorpresa. La semana anterior, de súbito, sin síntoma previo alguno, me vino un infarto cerebral. Por suerte duré sólo 4 días. No como mi marido, que sufrió un aneurisma, pero él duró 2 años, postrado y con una agonía lenta y patética.

Desde que él murió tuve claro que antes de irme, dejaría mis cosas ordenadas y las instrucciones para mi funeral y disposición de mi cuerpo. Y cuando hablo de "mis cosas ordenadas", me refiero justo a eso. A ordenar y hacer desaparecer algunas cosas que no quiero compartir con nadie. Que sólo me pertenecen a mí, a mi erario íntimo. Pero no alcancé.

Siempre fui coqueta, por lo que agradecí que mi hija Alejandra me haya puesto algo de maquillaje antes de colocarme en la urna. Lamento no haberle dicho mientras vivía que no quiero que me dejen la tapa del ataúd abierta para que conocidos y desconocidos peregrinen a mi alrededor para ver mis restos y escuchar los clásicos " está como dormida", "se ve tan en paz". Qué sabrán ellos. No estoy en paz.

Hoy es el día de mi funeral. Me han colocado en la nave central de la iglesia a poca distancia del altar. Mis hijos ocupan la primera fila con sus familias. Hay más gente de la que hubiera imaginado. La mayoría son amistades de mis hijos. Yo no estoy tranquila. Entre toda esta gente no logro ubicar a una persona que me interesa. Lo busco recorriendo la iglesia como un dron. Quiero saber si vino a mi funeral. Por más que recorro las naves no lo encuentro. Tal vez no supo que morí. Después de todo fue tan repentino. Pero no me canso de buscarlo y, de pronto lo veo...¡Ahí está! Tras esas enormes gafas negras no lo había reconocido. Está allá atrás, de pie apoyado en una de las columnas laterales del templo. Está solo. Parece invisible.

Aparece el cura y todos de pie.

Yo no oigo al cura. Estoy pendiente de mis hijos y mis nietos. Y de Gonzalo. Sigue cabizbajo y agazapado tras la columna allá atrás.

Al momento en que el cura anuncia la comunión y muchos de los asistentes inician su marcha hacia el altar, Gonzalo abandona la iglesia. No vino a verme al ataúd que permanece con la tapa abierta.

El cura comienza ahora a rociar agua bendita sobre mi féretro.

Cierran la tapa y un coro comienza a entonar el Ave María. Con la hidalguía de un soldado otomano mi hijo Pedro y mis nietos varones toman las manillas de mi féretro y se encaminan a la salida de la iglesia. Es la escolta más linda que jamás tuve. En un rato más ya estaré bajo tierra.

Han transcurrido dos semanas desde mi muerte y se acerca el momento que tanto he temido, el que no me ha permitido descansar en paz.

Pedro y Alejandra quedaron de juntarse con Anita en mi departamento para comenzar a disponer de mis cosas.

Anita llega primero y los espera con un café. Los tres se sientan en el comedor de diario y, mientras lo beben comentan mi funeral. Están contentos porque fue harta gente y el cura hizo una ceremonia muy sentida, según ellos.

--¿Les cuesta hacer lo que van a hacer?, pregunta Anita mientras sirve una segunda ronda de café.

--Sí, es difícil--se lamenta Alejandra-- es como violar la intimidad de una persona.

--Pero no le pongas tanto color --interviene Pedro-- si se trata de nuestra mamá. Qué tanto vamos a encontrar que no sepamos.

--No sé, igual me da cosa, se queja Alejandra.

--Yo creo que aquí hay que hacer de tripas corazón no más-- responde Pedro, con la mente práctica que lo caracteriza como el buen ingeniero que es.

Y continúa: los muebles se rematan y de lo demás hay que ver qué queremos conservar.

-3- (Auramaría)

Alejandra y Anita permanecen en la cocina mientras Pedro va a dar un recorrido por el departamento. Abre un closet, lo cierra. Abre otro, lo cierra. Vuelve a la cocina.

--Oye, vamos a tener harta pega. Los closets de la mamá están repletos. Aunque nos duela el alma vamos a tener que botar muchas cosas. Me tinca que hay harto cachureo.

¿Cómo no se me ocurrió ordenar antes de morir? ¡Maldita muerte repentina! No sé por qué creí que moriría de alguna enfermedad que me daría tiempo para deshacerme del sobre celeste. Ni siquiera Gonzalo sabe que lo conservo como mi mayor tesoro. Incluso dos semanas antes de morir lo abrí, leí y releí parte de su contenido. Me gustaba acariciarlo, olerlo. Incluso sólo mirarlo.

Veo a Alejandra y a Pedro abriendo el closet del pasillo. Ahí no está.

--¿Qué es esto?, pregunta asombrado Pedro al encontrarse con una peluca acomodada en una cabeza de plumavit.

--Su mamá la compró hace como 20 años porque decía que tenía muy poco pelo y a veces la usaba, le cuenta Anita.

--Jamás me di cuenta, comenta Pedro mientras sigue hurgueteando este closet .

--¿Y este vestido guardado en esta bolsa plástica de cuándo es?, exclama Alejandra al desembolsarlo y darse cuenta que, aunque ya está un poco pasado de moda, es muy sexy.

--¿Cuándo habrá usado esto la mamá? Jamás la vi con nada tan escotado ni tan sensual. Las sorpresas que nos da la vida, remata Alejandra mientras sonrío.

Desde lejos yo también sonrío.

Ese día avanzaron poco. Sólo desocuparon un closet. Alejandra, Pedro y Anita quedaron exhaustos. Volverán mañana. Espero ellos puedan descansar bien.

El trío se junta otra vez al día siguiente y, con la práctica del día anterior, esta vez van más rápido. El segundo closet lo desocupan en poco rato y van al tercero. Seleccionan la ropa de invierno para un lado, la de verano para otro, las carteras para allá y los zapatos para acá.

-4- (Auramaría)

Antes de dar por desocupado este tercer closet, Pedro pasa su largo brazo sobre la repisa más alta haciendo un barrido para ver si algo queda. Y ahí lo encuentra.

--Mira, Alejandra, que caja más linda.

La saca y se la pasa a su hermana.

--¿Por qué la habrá tenido tan escondida si es tan linda? Yo la habría puesto de adorno en alguna parte, mira qué lindas incrustaciones de nácar, comenta sorprendida Alejandra.

Ambos la llevan al dormitorio, la ponen sobre la cama y sentándose uno a cada lado, la abren.

--Mira, Pedro, qué sobre más misterioso hay aquí.

El sobre es celeste y está amarrado con una cinta roja. Ambos se miran. Sin decirse nada saben que están pensando lo mismo.

--¿Lo abrimos?, propone Pedro.

--Ay, no sé. Tal vez es algo privado.

--Qué va a ser privado, si la mamá era tan simple. Tal vez sean las tarjetas que le hacían los niños para su cumpleaños, conjetura Pedro mientras retira la cinta roja del sobre celeste. Lo abren y adentro hay otro sobre, éste de color amarillo y leen el título: "Epistolario de amor".

--Esa es la letra de la mamá, advierte Alejandra.

--Son cartas --dice Pedro-- no puedo creer que haya guardado con tanto esmero las cartas que el papá le mandaba.

--¿El papá mandando cartas? No me lo puedo imaginar. Era tan fome con ella. Nunca lo escuché decirle nada tierno.

--Anda a saber tú lo que pasaba puertas adentro. Qué sabemos nosotros.

Abren el sobre y sacan la primera carta.

Mi perlita cultivada

Y Pedro suelta una risotada.

--¿Cuándo le dijo perlita cultivada a la mamá? ¡qué siútico!

Y lee en voz alta:

Durante mucho tiempo te he deseado. Desde el renacimiento a la carrera espacial. Desde tu cabello atado a una cola hasta mis noches de sopor. Quisiera ser el más dulce de los amantes para amarte dulce y sabiamente, navegando junto a tu cintura corsaria, amarrándome a tu boca y a tu piel. Pero, heme aquí, más torpe que nunca.

Alejandra y Pedro quedan mudos. Ninguno aparta la vista de esta carta sin fecha y sin firma. Alejandra emite un hilo de voz.

--Eso tiene que haber sido cuando eran jóvenes, antes de pololear. Tal vez por eso la mamá se enamoró de él. Antes no era tan frío.

Pedro abre otra de las cartas. Ésta está un poco menos ajada que la anterior.

Entre transpiraciones y dulces agonías tu susurrada voz en el amor nocturno hace temblar el tímpano desvencijado de mi alma y su crispada ternura me encomienda a constelaciones gloriosas y angélicas transparencias.

--O sea el papá era como Neruda. Puchas que decía cosas lindas. Y yo que lo encontré siempre tan ingeniero para sus cosas. Jamás habría pensado que escribiera tan lindo. Si ni siquiera leía, comenta Alejandra muy sorprendida.

Pero se despiden tus labios de mi piel y otra vez vuelvo al silencio y a la noche que se muere sin piedad.

--Estas cartas tienen muchísimos años, comenta Pedro que, con su consabida mente analítica, observa que están escritas a máquina.

--Tal vez era de cuando pololeaban, por eso él es tan amoroso. Mira, aquí hay otra:

Penetrarte es como hender la noche, matar el frío, cicatrizar la herida.

-6- (Auramaría)

--¿Sabes Ale? Yo creo que este señor no es el papá. No me calza.

--¿Y quién va a ser si no?

--No sé. Déjame seguir leyendo a ver si surge alguna pista. Pero esto me está oliendo a relación clandestina.

Me estremezco en mi caja de nogal. Veo que ahora escoge una de las cartas más actuales, una que está escrita en computador y luego impresa.

Tarda tu voz y me lleno de ansiedades, fantasmas y silencios. Se demoran tus ojos y me ciego con desiertos y murallas grises. Hace un siglo que no te beso. ¿Cuándo te veré? No hagas sufrir más a este pobre Gonzalo.

--¿Qué Gonzalo? ¿Desde cuándo lo conoce? ¿Cómo es que la mamá tenía un amante?, vocifera Pedro sin poder creerlo mientras da vueltas como enajenado en el dormitorio .

--No sé qué decirte, Pedro. Yo tampoco me lo hubiera imaginado. Pero es que el papá era tan poco cariñoso con ella.

--¡Nada justifica que le haya sido infiel al papá! menos en sus últimos años cuando era absolutamente dependiente. Además, esta relación parece haber durado décadas. Piensa que la mamá tenía como 20 años cuando usaba cola de caballo, que la menciona en la primera carta que sacamos.

--En ese tiempo la mamá trabajaba en el banco.

--Sí, poh, eso hace más de 40 ó 45 años, o sea quién sabe desde cuándo tuvo este amante que quería puro sexo con ella.

--Yo también me habría enamorado de un tipo que me escribiera así, que me dijera esas cosas tan lindas, tan románticas.

--¡Qué estás diciendo! ¿eso te parece correcto? No te reconozco, Alejandra.

--Yo entiendo a la mamá.

--La mamá llevó una doble vida. ¡Fue una caradura!

--No, Pedro, la mamá vivió.